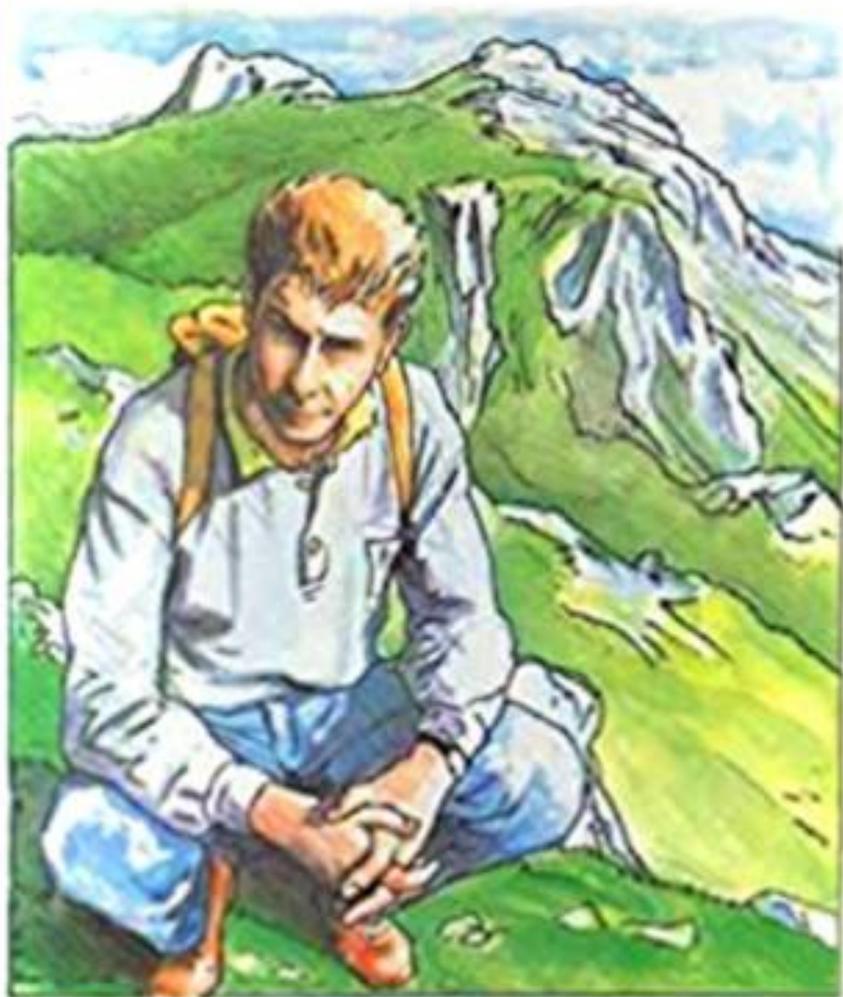


*ala delta*

Pablo ZAPATA LERGA

**LA ABADÍA DEL TOLOÑO**



Daniel Nagore es un joven que describe que entre sus antepasados hubo un importante personaje relacionado con la filosofía del saber. Su interés por conocer mejor los hechos le llevan a viajar por el mundo y por España hasta desentramar oscuros episodios de la historia.

Pablo Zapata es profesor y especialista en Literatura Infantil. Su interés por la historia le ha llevado a escribir sobre temas relacionados con el pasado.

*A Rosa.*

## Índice de contenido

Cubierta

La abadía del Toloño

Prefacio

Primera parte

I. Tras las huellas de mi antepasado

II. Buscando los orígenes

III. Por el Pirineo navarro

Segunda parte

I. El pergamino

II. Tras las huellas cercanas

III. Los últimos enigmas

Epílogo

Notas

Cuando Daniel de Nagore estudiaba bachillerato en Miranda de Ebro, sintió una especial atracción por el Toloño, un monte cercano. Acompañado por sus amigos, Ignacio, Moncho y Javier, exploró la montaña y encontró las ruinas sepultadas de un viejo monasterio. Allí los chicos descubrieron un verdadero tesoro: un cofre con joyas y documentos.

Uno de ellos había sido escrito por un antepasado de Daniel –Pedro de Nagore–, y en él se profetizaba que el muchacho llegaría hasta el mismo.

Esta historia se cuenta en el libro *La cueva del Toloño*.

Aunque en la novela se mencionan lugares reales, éstos aparecen unidos a elementos de ficción.

# Primera parte

## I. Tras las huellas de mi antepasado

TENÍA que recorrer el camino que había realizado mi antepasado en el siglo XVI. Él había ido a Oriente, hasta Bagdad, había investigado las profundidades del conocer humano, llegó a ser sabio y adquirió unos poderes mentales por los que, al volver a su tierra, fue condenado, acusado de brujo y hereje.

Si su profecía, de 1570, se había cumplido en mí, debía fiarme de él, de su mensaje. ¿Cómo era posible que yo hubiera encontrado aquellos documentos? Me lo había preguntado mil veces y no obtenía respuesta. Lo cierto era que había existido una fuerza oculta, un imán espiritual, que me había trasladado a través de los siglos, un no sé qué que me había llevado a su encuentro.

Hacía ocho años que, sin querer, encontré los documentos de Pedro de Nagore. Aquella profecía, de hacía cuatro siglos, se había cumplido en mi persona y me marcaba para siempre. No podía rebelarme contra el destino. Por más que intenté olvidarlo y hacer una vida normal, no lo conseguía.

Estudí historia para acercarme más al pasado; una fuerza interior me decía que tenía que seguir las huellas de Pedro de Nagore, aunque no entendiera por qué se había cruzado en mi camino.

Durante dos años trabajé con una idea fija: ir a Bagdad. Cuando ahorré el dinero suficiente, preparé el viaje. Mis padres, que estaban al corriente de todo, me apoyaron.

Saqué el pasaporte, los visados y toda la documentación, y me dirigí a Madrid. Cogí el avión, hice escala en El Cairo y, finalmente, aterricé en Bagdad.

Mis ojos querían atrapar hasta el último detalle. Los monumentos, las personas, el color y el ambiente me trasladaban, sin querer, a siglos atrás. Un mundo de ensueño se abría ante mí cuando recorría las calles.

El hotel, en la parte antigua de la ciudad, me pareció sacado de *Las mil y una noches*. Era una mansión antigua, restaurada y habilitada para su nueva función. El patio interior era sombrío, con palmeras enanas y el verdor de las plantas. Columnas de cinco metros sostenían un segundo piso, adornado con arcos. Las paredes tenían un color terroso.

Después de cumplimentar los documentos y dejar el equipaje, salí a pasear. Sufrí un choque de mentalidad; aquello era otro mundo, el tiempo parecía que se había detenido. Bagdad era un laberinto de callejuelas estrechas llenas de tiendas con alfombras y de bazares con los productos más variados e insospechados. Por las calles paseaban grupos de gentes de razas diversas que, todavía, no llegaba a diferenciar.

La historia estaba condensada en aquellas piedras milenarias. Sobre los monumentos destacaba la cúpula de la mezquita Kadhimain, cubierta con placas doradas. Visité Khan, la antigua posada de caravaneros, que venían a millares trayendo los productos desde el más lejano Oriente. Finalmente, sin querer, me encontré en el puente sobre el río Tigris. Aquellos contornos eran mudos testigos de mil batallas, de cruce de distintos pueblos y culturas regadas por el mismo río, siempre el mismo y siempre nuevo. Era el corazón de la antigua Mesopotamia.

Adquirí varios libros y mapas y volví al hotel. Coloqué uno en la pared con unas chinchetas. Era un mapa de Bagdad y sus alrededores. Leí una vez más parte de la profecía intentando encontrar pistas para localizar el templo

donde estuvo el sabio Tiglafanipal. Del texto sólo podía sacar estos datos: el templo de Tiglafanipal se encontraba a la distancia de un día y medio y una noche a camello desde Bagdad. El monumento-templo tenía un zigurat y este sabio vivió allí hacia 1550.

Calculé una distancia de entre ochenta y cien kilómetros. Mirando la escala del mapa, abrí el compás y, tomando como eje el centro de la ciudad, hice un círculo. No aparecían ciudades. Hacia el norte había señalado un punto con el signo de ruinas. Leí con cuidado: Uru. Ése era el primer sitio que tenía que investigar.

Salí de nuevo y pregunté cuál era la mezquita principal. Me dijeron que la más importante era la de Al-Galani, y me dirigí hacia ella. La contemplé desde lejos. Era magnífica y su cúpula reverberaba el sol con fuerza dañando los ojos. Estuve dando vueltas esperando que el muecín llamara desde el alminar a la segunda oración. Al mediodía, desde la torre se oyó el canto monótono que se expandía por los alrededores. Los fieles fueron entrando, descalzos.

Mientras esperaba, comencé a hablar con un jovenzuelo que pedía limosna en la puerta. Me contó la historia de la mezquita, envuelta en mentiras tan fantásticas que no pude menos de echarme a reír. Decía que Mahoma la mandó construir y que el padre Noé fue el arquitecto... «Y con el dinero que tú me darás se levantará hasta el cielo». Al darle la propina, me lo volvió a contar recitándolo en verso. Seguí conversando con él:

–¿Conoces al imán que dirige la oración?

–Sí, es el mismo desde hace muchos años.

–Cuando salga, ¿me dices quién es?

Salieron los fieles y, finalmente, apareció un hombre con barba blanca. El chaval me hizo una seña, me acerqué, me presenté, lo saludé y comenzamos a hablar.

El imán se sintió halagado cuando le expuse mi intención de estudiar la cultura de Bagdad del siglo XVI. A mis

preguntas respondía con datos precisos. Conocía la historia del país y de la ciudad desde los tiempos más remotos.

Me invitó a pasear.

Poco a poco fui desviando la conversación hacia lo que me interesaba:

–¿Podría decirme algo sobre la ciencia que se estudiaba por estos lugares para llegar al conocimiento de la verdad por medio de los poderes de la mente? –le pregunté confiado.

Noté que se le turbaba la expresión. Su mirada ya no era afable como al principio. Se quedó mirándome fijamente, muy serio:

–No se puede llegar al conocimiento de la verdad por medio de los poderes de la mente tal como se estudiaba en los zigurats. Sólo se puede llegar al saber profundo a través del Corán y escuchando la voz del Profeta, ¡bendito sea!

Al notar su expresión de contrariedad, cambié de tema, aunque, sin que él se diera cuenta, me había confirmado algo que ya sabía: que en los zigurats se estudiaban estos saberes. Como si yo no hubiera notado nada, le pedí que me hablara de las distintas religiones que se habían ido sucediendo a lo largo de la historia sobre las tierras de Mesopotamia. Accedió a hacerlo, pero sin el aire afable de antes. Por más que hablaba, en su rostro se había marcado un gesto que no terminaba de desaparecer. En un momento, cortó la conversación y se quedó mirándome. Sus ojos parecían taladrarme:

–¿Por qué quieres investigar estos conocimientos?

Su mirada era penetrante, escrutadora, con aire de amenaza. Su cara blanca se volvió ligeramente más rojiza. Y comenzó a darle un tic en un ojo.

–Investigo –le respondí como si no me percatara– la historia mesopotámica, sus orígenes, las distintas religiones y saberes que influyeron en corrientes ideológicas de mi país –mi tono era conciliador–. Conociendo mejor esta

cultura vuestra tan profunda y tan importante, se explican doctrinas y avances importantes en Occidente.

–De acuerdo –parecía que estaba más calmado–. Los saberes de los zigurats, tanto los de entonces como los de ahora, son contrarios a nuestra santa religión. El poder de la mente sólo es viable como parte de ella; por ejemplo, en la meditación. No existe en esas tablillas que hablan de los ídolos infieles.

–¿Pues qué había en los zigurats? –pregunté con aire ingenuo.

–En esos observatorios diabólicos se estudiaban los astros y pretendían que a partir de ese estudio pudiéramos conocer el pasado y el futuro.

El tema estaba candente, no podía decir ninguna tontería; había que ir tirando del hilo con la mayor delicadeza:

–Bien, pero creo que eso son cosas antiguas, de hace siglos, algo que hoy no merece la pena tener en cuenta.

–No lo creas, extranjero. Durante cientos de años se desconocía su existencia, se creía que habían sido aniquilados. Pero al descubrirse la escritura cuneiforme de las tablillas, al poder descifrar sus mensajes, desde hace tiempo han vuelto de nuevo esos astrólogos de religión pagana.

La cosa iba saliendo mejor de lo que esperaba. Desvié la conversación elogiando la arquitectura de las mezquitas, la belleza de la ciudad y la amabilidad de sus gentes. Finalmente lo vi sonreír y luego nos despedimos. Me había dado, sin querer, una buena información.

El sol estaba declinando y la temperatura era agradable. Caminaba sin prisas, disfrutando de los pequeños detalles, de los rincones más insospechados. El parloteo de la gente animaba el ambiente.

Mientras caminaba, cayó la noche. El andar entre sombras se me fue haciendo cada vez más extraño y comenzó a entrarme cierto desasosiego interior, que se fue transfor-

mando en miedo inconsciente cuando me di cuenta de que estaba perdido y daba vueltas y más vueltas sin rumbo. Si aparecía un hombre con chilaba blanca, creía ver al imán de la mezquita. Las calles eran estrechas, cortas, todo esquinas con rincones negros... y no conocía a nadie. A cada sombra extraña me volvía nervioso, y por más que pretendía darme fuerza, cada vez me sentía peor. No sabía qué dirección tomar, aquello era un rompecabezas. ¿¡Qué iba a hacer en medio de la noche!?

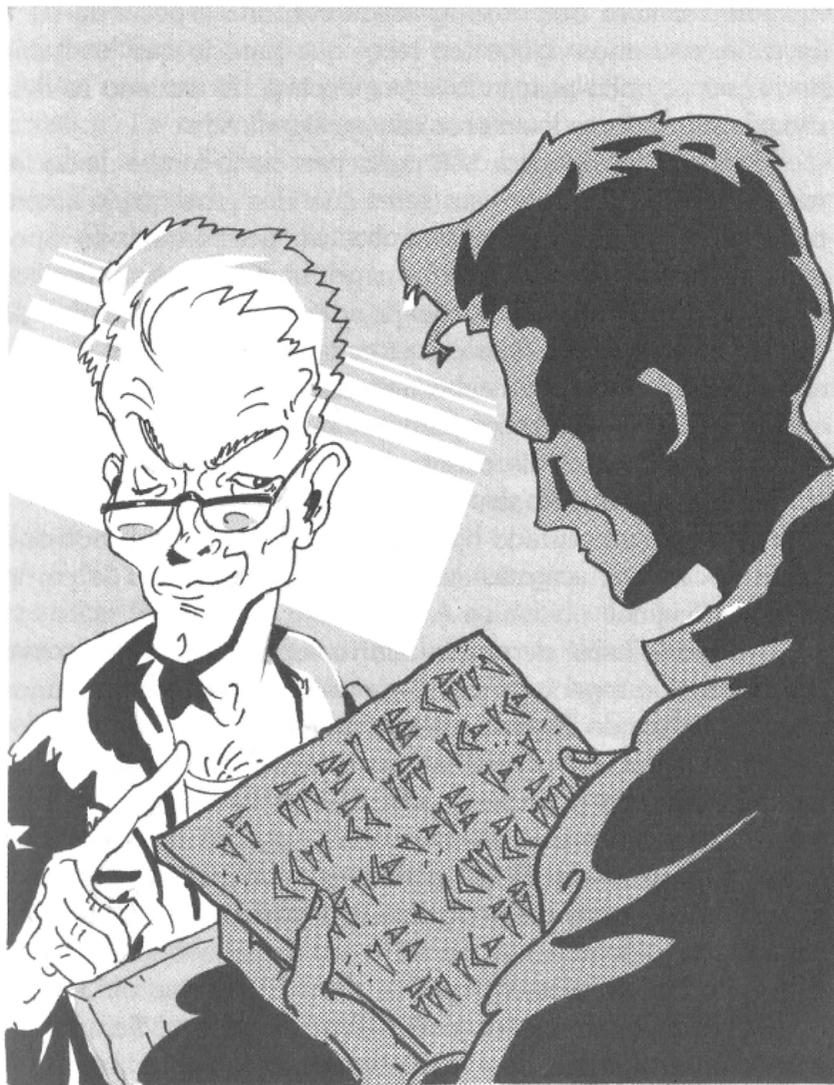


Entré en un bazar con la excusa de tomar algo. La luz me dio tranquilidad y el té me fue relajando. Aparentando serenidad y dominio de la situación, les pregunté si el Hotel Rassam se encontraba muy lejos. Me dijeron que estaba cerca, pero yo hacía como que no entendía sus indicaciones, no quería andar de nuevo solo. Dos jóvenes se ofrecieron a acompañarme y, mientras caminábamos, mi-

raba disimuladamente el puñal que llevaban al cinto, sobre todo cuando entre ellos hablaban en árabe. Al llegar a la puerta del hotel, quedé tranquilo. Los invité a que tomaran algo en el bar, pero ellos se negaron, ya que lo entendían como pago a su amabilidad. Cuando cerré la puerta, respiré con alivio.

Llevaba tres días en la ciudad, había hecho algunas indagaciones y no sabía qué camino tomar. De mañana me dirigí al museo arqueológico. Hablé con su director, un inglés ya mayor, alto y apergaminado, absolutamente chalado cuando hablaba de los temas de su investigación. Llevaba treinta años estudiando la cultura mesopotámica y su cabeza era un alocado y perfecto rompecabezas de datos minuciosos y conocimientos apasionantes.

*Mister Look* me llevó a los sótanos. Ante mí aparecieron miles de losetas de barro cocido apiladas en estanterías de madera. Al principio creí que aquellas montañas de arcilla cocida eran ladrillos para la construcción.



Durante más de tres horas me estuvo explicando cómo se habían hecho, las fechas, cómo se escribía en ellas y cómo se habían descubierto. Yo ya conocía la existencia de la escritura cuneiforme, pero nunca había tenido un «libro» así en mis manos. Cogí uno. Era como una tableta fina de chocolate. Sobre ella se había escrito y luego se había cocido al fuego, con lo que el texto había perdurado